

Freud ¿Apolítico?

PAULA NIÑO MORALES*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia

Pommier, Gérard. *Freud ¿Apolítico?* Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1987. 213 páginas.

Ya sea la alegoría del erizo y la manera como se las arregla para aproximarse a su semejante con todo y las púas, o la metáfora del chivo, sustitución del hijo en el sacrificio y de la imagen del ídolo por el nombre del padre Abraham, o implícitamente, la frase “cordero de Dios”, obediencia absoluta del descendiente a la voluntad divina, cualesquiera que sean las analogías animalistas y el bestiario totémico imaginable que simbolice el paso de un Otro devorador al padre muerto, la pregunta por la convivencia, con todos sus matices, vicisitudes y oscuridades, persiste en ser la problemática fundamental del sujeto, del individuo y de las sociedades.

Se trata con Gérard Pommier de la cuestión del espíritu gregario, de lo que hace lazo y lo deshace, de la dinámica de la historia, del progreso abarcado como la consecuencia del movimiento que tiene lugar a partir de lo que concierne al nombre; vestigio de las generaciones y registro concebido como límite, como interdicción del goce, aún siendo inalcanzable o inalcanzable debido a ello, y es que dicha interdicción se ubica en un lugar idéntico al del nacimiento de lo colectivo.

* e-mail: ninomorap@gmail.com

CÓMO CITAR: Niño Morales, Paula. “Freud ¿Apolítico? (reseña)”. *Desde el Jardín de Freud* 20 (2020): 499-503, doi: 10.15446/djf.n20.90200.

© Obra plástica: Powerpaola

Así relata en forma mítica, como corresponde a la condición del hablante, el mito freudiano de “Tótem y Tabú”, y, de manera similar, está aquel que atañe al sujeto, la narrativa del complejo de Edipo. A través de estos mitos, se sugiere que, en la formación colectiva y en lo referente a la conformación del sujeto, es importante determinar una continuidad, aquella que está dada por la sexualidad, la que “conciene [...] a las condiciones del goce [...] constricciones del Eros”, que se alejan de las perspectivas económicas del desarrollo de lo social y apuntan con acierto a otra economía, la libidinal.

No obstante, entre el sujeto y el colectivo hay una distancia, la propicia para ver el propio reflejo, trecho que queda relegado en la captura por la imagen descrita en el estadio del espejo; primera masa, mínima expresión del colectivo que pone de relieve la alienación necesaria y la alineación entre las identificaciones y los trazos adquiridos de un Otro que aquel que lidera prodirá como propios y en su título. En un orden lógico, primero está el sujeto, después, lejos del sujeto, la masa y el individuo como resultado de esa primera suma.

Atendiendo a la perspectiva lógica, la problemática de la convivencia, inherente a la condición por la palabra y al consecuente fracaso del goce, se precisa en la dialéctica significativa, en el intento constante de dar respuesta al goce

1. Gérard Pommier, *Freud ¿Apolítico?* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1987), 17.

indefinible. Se destaca su origen estructural y la suerte de imitación del significante amo por el amo social, derivación necesaria en todo caso para recuperar algo del goce en un cobro que puede llegar a ser devastador para el lazo.

Devastación patente en los discursos y las políticas, que, en un intento de anular dicho fracaso fundamental, exaltan lo bélico encubriendo a la vez la encarnación del significante amo y su concreción en tiranía. Algunos de los liderazgos actuales, con el beneficio del disfraz de la democracia, logran eficazmente que se lleve a cabo el exterminio del semejante como parte del accionar de una maquinaria dictatorial que pareciese competir atrocemente con el lamentable culto contemporáneo a la personalidad.

De manera similar, es destacado el bipartidismo, tal vez el montaje privilegiado de promocionar y hacer política. Acerca de la división de un colectivo a favor o en contra de un líder, Pommier señala la constitución grupal en términos de identificación, de los trazos que permiten la atribución conjunta de una imagen y del goce que tal imagen convoca; se trata de una conjugación entre lo simbólico de los trazos de identificación y lo imaginario que enaltece al jefe y que le otorga dominio sobre el colectivo; todo ello referido en última instancia al padre, agente de la interdicción, de la separación entre el sujeto y el Otro; desde lo imaginario, rival que tiene lugar en la fantasía de asesinato y la construcción del fantasma; desde lo simbólico, portador y transmisor del nombre y de los significantes con los que se circunscribe la falla estructural del goce. Por tanto, el líder, en cuanto enlace con el padre, da consistencia al grupo recibiendo la ambivalencia de amor y odio, favoreciendo la fraternidad entre los hermanos y representando un ideal.

Aquí se subraya la diferencia respecto a aquel que desde el lugar de la jefatura considera suya esa imagen y aquel que la dispensa momentáneamente; esta sería la separación entre el tirano y el líder, entre el precepto de un goce absoluto y el direccionamiento de un goce condicionado, y es que el grupo goza, además y sobre todo, de manera destructora

y mortífera. En cualquiera de los casos, resulta ser sobre la promesa, o mejor el ideal, de lograr un goce imposible que se promueve la política; en lo correspondiente al bipartidismo, a la polarización y disensión al interior de un colectivo, hay que anotar que aquellos que están en la oposición, no por estar allí y querer deponer o reemplazar al jefe, se hallan exentos de una alienación referida al significante amo, pilar de la identificación grupal que los reúne.

Responder a esa promesa de goce del líder, actor del trazo de identificación que unifica la masa, eclipsar la falla del goce mismo, es la causa principal por la que se hace comunidad, por la que se conforman colectivos de manera imprescindible como el único acceso posible para gozar de algún modo en el lazo con el otro y a través del Otro. Y como se adelantó, tal operación tiene lugar en acuerdo con la lógica significante, con la creación constante de los significantes amos; escribe Pommier: “hablar inventa al amo”², y acota el movimiento dialéctico que va de S1 a S2, que al fracasar vuelve a S1, al significante amo, en una recreación por el habla, sin olvidar que entre S1 y S2 se efectúa el sujeto. Partiendo de esta lógica, “el grupo no deja jamás de inventarse un amo y delega esta función en alguien, delegación consoladora que cimienta el clan y permite la fraternidad”³.

Este movimiento dialéctico y el fracaso frente al goce permiten considerar lo colectivo como una formación del inconsciente y ratificar la manifestación de un síntoma social:

[...] si la formación del grupo social es una formación de lo inconsciente, ella ceñirá un Real, un punto de imposible con el mismo derecho que cualquier síntoma. En esta medida, las mismas luchas que se producen en el cuerpo social pueden ser consideradas como tentativas de curación [...] [o] como un reforzamiento del síntoma.⁴

2. *Ibíd.*, 130.

3. *Ibíd.*

4. *Ibíd.*, 83.

Sin embargo, la “curación” solo se deduce en el momento en que tiene lugar la presencia del sujeto, la producción de la causa misma de su deseo, la ruptura de la alienación en el Otro.

La presencia del sujeto dentro del colectivo es destacada por Pommier respecto al inventor, subrayando el instante de la invención como afirmación de su existencia (la del sujeto). Se trata de la invención de significantes nuevos de los que el grupo se apropia, de algo del orden de la creación que va más allá de las insuficiencias o los requerimientos de determinada época y lugar:

[...] el inventor, ciertamente, inserta su invención en cierto marco. Sin embargo, el conjunto de los determinismos que participan de la invención no la explica. El hallazgo nunca tiene nada de mecánico, participa del “instante”. El signifi-
ficante nuevo rompe con todo contexto y, eventualmente, lo contaría.⁵

Estos significantes nuevos, asimismo significantes amos, que se originan en correspondencia al deseo del inventor o del creador, operan para el colectivo, para el goce de todos, introduciendo matices en la manera de gozar, en la forma de demarcar el goce, y lo más importante, contravienen el carácter general de la masa generando lo que es presumible suponer sea una diferencia en el enlace con relación al síntoma social. Por ende, el sujeto creador irrumpe a nivel del colectivo trastocándolo y desde su obra o su invención cuestiona los fundamentos de lo social haciendo política invariablemente.

El caso contrario resulta ser la docilidad ovina del colectivo que comprende cierta posición respecto al signifi-
ficante amo, posición compartida y transpuesta a aquel que se lo arroga. En este sentido, Pommier hace énfasis en la importancia de advertir “a partir de qué lugar se inventa al amo”⁶ y de contar con aquello que concreta al amo, que,

inverso a lo que se cree, no es el uso del poder militar o del aparato estatal, sino, ante todo, su posición subjetiva, porque existen varios grados de encarnación, unos más ambiciosos, otros más sabios.

Ahora bien, la ubicación respecto a un signifi-
ficante amo no faculta más que dos alternativas de ser su esclavo, uno sumiso o uno insurrecto, lo que es evidente en la denominada dialéctica binaria de la vida política. El principio estructural de esta dialéctica es, siguiendo a Pommier, el “pro” del discurso universitario y el “contra” del discurso histórico. Frente a esta causa de estructura, acaecimiento de discurso, las otras diferencias, como pueden ser las ideológicas, las económicas, las culturales y las raciales, brindarán todos los subterfugios que se quieran inducir a la masa. No obstante, estas dos formas de discurso, elementales en la política, no son correspondientes en términos del goce de grupo que allí se facilita, lo que quiere decir que el goce de grupo no será el mismo para aquellos que están a favor o en divergencia. En la oposición, se revela una tendencia al fraccionamiento, patente para el revolucionario en todos los ámbitos de lo social, y propensión inexistente para aquellos que se encuentran a favor: “en efecto, el ‘pro’ totaliza y no fracciona, no es como el ‘contra’, presa de sí mismo”⁷, esto por cuanto los opositores, o algunos de ellos, siempre podrán instituir su pronunciamiento y convertirlo en acto a concesión del “pro”. Por tanto, formar parte de una oposición constituida no es necesariamente equivalente a posicionarse en “contra”.

Por otra parte, el discurso del analista se ubica en otro lugar. Pommier hace énfasis al sostener que el psicoanálisis no es una concepción del mundo, esto principalmente por tres razones: la primera, porque no abarca el sostenimiento de un ideal ni de las ilusiones derivadas de este (al contrario, se requiere de una deconstrucción de las mismas); la segunda, porque no contiene un motivo religioso (dada la ausencia de dogma, la relación particular del psicoanálisis con el saber y la invención constante de significantes nuevos producidos en

5. *Ibíd.*, 150.

6. *Ibíd.*, 130.

7. *Ibíd.*, 174.

el análisis), y, finalmente, porque el psicoanálisis no desarrolla términos arquetípicos (los términos del psicoanálisis superan lo imaginario, es decir, lo propio de la significación para intentar designar lo real del discurso).

Asociado a lo anterior surgen algunos interrogantes, por ejemplo, por las instituciones psicoanalíticas y la perpetuidad de algunas de ellas sin modificación alguna, y, tal vez más importante con relación a lo que convoca Pommier a través del libro, el interrogante por la viabilidad de atribuirle el lugar de invención al psicoanálisis mismo y los efectos de esa invención a nivel del colectivo. ¿Fue Freud un creador, un inventor? Una respuesta afirmativa lleva a considerar la articulación ineludible, mencionada en párrafos anteriores, entre la política y la invención y la esencia disruptiva de esta última.

Posterior a este breve recorrido a la luz de los postulados de Pommier, resulta inevitable aproximarse al contexto colombiano y destacar varios aspectos. Entre estos, la distinción entre el líder y el tirano, diferencia a veces difícil de percibir en la disertación política donde se apela casi de modo inalterable a la libertad, aún y especialmente desde las arengas que exaltan la guerra, y, en este orden de ideas, la tendencia general de optar por una encarnación ambiciosa y menos sabia de aquel que está en el lugar del significante amo para el colectivo. Esto pasando por alto algo de lo que, en lo posible, hay que estar advertido en forma crítica: se trata de la posición de aquel que pretende representar o encarnar el liderazgo, posición que se esconde tras la parafernalia política pero que no dejaría de revelarse en algún momento.

Otro aspecto es el bipartidismo, cuyo trayecto presenta una dolorosa recapitulación de la violencia en Colombia. Sobre este tema es interesante cuestionar hasta qué punto los partidos que han dominado las polarizaciones políticas ciertamente discrepan en sus propuestas e ideales, o si, por el contrario, tal disensión ha servido de velo a la defensa de sus intereses, los de un círculo poderoso, intereses que superarían con creces las divergencias. Asimismo, reflexionar acerca de lo que vendría a ser una verdadera oposición, pensar en aquellas

personas y agrupaciones que han sido aniquiladas o suprimidas políticamente en la historia del país. Suprimir a la oposición no resultaría complicado una vez se tiene en cuenta que en su estructura la oposición tiene un “contra” que le dificulta hacer unidad en la medida en que pretende incluir lo que está por fuera o en la periferia de lo social, lugar desde donde precisamente procede la oposición. Al respecto, es relevante distinguir entre una oposición politizada y una militarizada, la que por vía de hecho quiere tomar el poder. No obstante, lo que está en juego en el trasfondo es el reemplazo de aquellos que personifican el significante amo. Una vez logren el poder, tenderán a reproducir los mismos sistemas del estado anterior, o, de manera excepcional, podrán darle espacio a una singularidad.

Desde el psicoanálisis, se ha sostenido que aquello singularmente asombroso es observado de manera especial en el arte, siendo la poesía una de las formas privilegiadas de su manifestación, formas en las que el sujeto da vía a su deseo y que posteriormente, en una suerte de segundo movimiento, se colectivizan por razón del goce. Y es que en una articulación particular la literatura le puede decir mucho a la política, como se descubre en estas breves palabras de Barba Jacob:

La paz es mi enemigo violento
y el amor mi enemigo sanguinario.⁸

Se convierte entonces en responsabilidad, de los políticos y del grupo social, leer atentamente estas singularidades y permitirse el cuestionamiento mediante el asombro. ¿Qué revelan los nuevos significantes, las invenciones, las creaciones, la poesía, algo que los políticos en Colombia han sido incapaces de leer? ¿Declaran con asombro lo inverosímil, lo absurdo, lo

8. William Ospina, “La paz del pueblo ausente”, *El Espectador*, 11 de marzo de 2018. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/politica/la-paz-del-pueblo-ausente-por-william-ospina-articulo-743599> (consultado el 07 de mayo de 2019).

maravilloso, lo diferente, lo imposible, lo real? ¿Una condición propia para labrar comunidad e ignorada por la política?

Al presente, se conjetura un punto de quiebre desde el colectivo en la sociedad colombiana que parece ir marcando un viraje de la maquinaria política, se registra el resurgimiento

del antagonismo de la indignación ciudadana; si se da lugar a un viraje, si tal indignación puede dar cuenta de un atisbo del orden del sujeto dentro del grupo; o si, por el contrario, lleva a la conformación de otro partido, el de “los indignados” por ejemplo, será algo por resolverse en el futuro.

